

Iconos, infografías
y adaptación cultural. Evolución
de notaciones gráficas

Eliezer Nowodworski

Quisiera comenzar con una breve cita de una de Mario Benedetti:

En Broadway, a la altura de la calle 113, no sólo se habla en un español nasal y contaminado; también podría decirse que se piensa, se camina y se come en español. Letreros y avisos, que algunas cuabras antes todavía anunciaban *Groceries & Delicatessen*, se han transformado aquí en *Groserías y Delicadezas*. Los cines no anuncian, como los de la calle 42, películas de Marlon Brando, Kim Novack y Paul Newman, sino que muestran grandes cartelones con las figuras de Pedro Armendáriz, María Félix, Cantinflas o Carmen Sevilla.

Este párrafo es el inicio de la novela *Gracias por el fuego*, publicada hace ya casi medio siglo. La referencia a los carteles es clave para lo que quiero exponer aquí. Supongo que la mayoría de los presentes vive en un entorno urbano y no es necesario que sea en una gran ciudad como Buenos Aires, ni que sea en una zona como la del Obelisco, con sus gigantescos anuncios tanto sobre 9 de Julio como sobre Corrientes o Diagonal. La mayoría de los presentes vivimos en un entorno con una alta contaminación visual, un exceso de estímulos que provoca un cierre, un hacer caso omiso, obviar lo que tenemos delante. El hecho es que leemos solamente un pequeño porcentaje de los letreros con que nos topamos en la vida cotidiana y de aquellos que ya leemos retenemos muy poco. Les propongo como ejercicio que piensen no en todos los carteles y letreros que leyeron hoy, sino apenas en los que se cruzaron en las últimas horas. Algunos en textos breves, otros con símbolos, en la calle, en el transporte, en el ascensor, en los pasillos de un edificio. Como dije: exceso de estímulos. Pero intentemos recuperar por unos momentos la capacidad de ser estimulados y de analizar los carteles con ciertos elementos de semiótica pragmática, con un enfoque que quizá nos sirva a nosotros para reflexionar sobre temas vinculados con la traducción. Aclaro que a lo largo de esta ponencia voy a referirme en muchas oportunidades a «nosotros», un nosotros colectivo que incluye a traductores, localizadores, intérpretes, subtituladores, redactores técnicos y afines. Aclaro también que se trata de una visión pragmática, sin hacer referencias la semiótica clásica y a las diferencias entre de Saussure y Pierce. Ni siquiera citaré a Eco. No digo que no hay que volver a leer esas fuentes teóricas, pero antes sugiero como actividad que lean los carteles con los que se topan y que los analicen a la luz de lo que vamos a charlar antes de releer los científicos clásicos.

Siempre me interesaron los carteles y soy lector medio compulsivo de ellos, pero no se me había ocurrido nunca tratarlo como tema con colegas hasta hace un par de años en que en el marco de un proyecto muy grande, en el que fui traductor e intérprete, tuve que traducir textos para unos 250 carteles. El proyecto era de un cliente, una compañía constructora israelí-

lí, que construyó un hospital ultramoderno en la ciudad de Bata, Guinea Ecuatorial. Hacia el final de la construcción, poco antes de la inauguración, los arquitectos recorrieron el lugar con los planos corregidos y marcaron en ellos qué letreros tenía que haber en cada lugar. Los textos debían ser traducidos al español, idioma oficial de aquel país africano, y al francés, idioma que domina la mayoría de los locales y que es la lengua franca con los numerosos trabajadores extranjeros de países limítrofes, como Camerún o Gabón. Con una colega traductora al francés, ordenamos todos los textos para preparar un Excel que sería trilingüe: el original hebreo y las traducciones. Pero hete aquí que fuera de las notas con los textos garabateados por el arquitecto, no había instrucciones precisas para la diseñadora gráfica, por lo que nos vimos obligados a profundizar e indagar un poco. Se optó por la normativa europea más estricta en cuestión de señalética. Lo siguiente fue relativamente fácil: con la diseñadora establecimos 8 categorías que en el Excel se marcaban en una columna aparte con letras de la A a la H. Por ejemplo, todos los carteles en la categoría A serían sobre fondo blanco, letras negras helvética de 38 puntos en español y 32 puntos y cursiva en francés; los de la categoría D eran las advertencias que debían ir con pictogramas, por ejemplo para advertir zona con radiación junto a la clínica radiológica, etc.

En principio, no parece un trabajo difícil, pero para qué estamos algunos si no para complicar un poco las cosas... un texto hebreo como *onkologia*, traducirlo a oncología al español o a *oncologie* en francés no es problema. Supuestamente, claro. A esta altura, es una perogrullada decir que en la traducción debemos ir más allá de las meras palabras y pensar en términos de ideas y de culturas. Pero había llaves para la cultura africana que ninguno de nosotros tenía en su llavero. Mi experiencia trabajando con africanos fue que no suele ser tan automático como en otros lugares relacionar el concepto de una flecha con la dirección en que se debe ir. También con letreros que son pentágonos, donde uno de los lados es un ángulo que cumple la función de la flecha. Todos tendríamos claro algo así, supuestamente. Lamentablemente, se acercaba la fecha de la inauguración y el tiempo estaba en contra como para enviar borradores y que los aprobaran. Pero como dije, nos complicamos con cosas aparentemente sencillas, como el cartel para los pasillos pidiendo silencio. En una visita anterior al país, estuve en el viejo hospital general de Bata, inaugurado en días de la colonia española, en los años 50. Una cosa que me llamó la atención fue la foto de una monja con atuendo decimonónico y el índice sobre los labios. Conseguir fotos similares en bancos de imágenes es tarea fácil. Pero sorprendentemente, todas las imágenes que tenía el banco de imágenes al que estaba suscrita la diseñadora gráfica eran de enfermeras de piel blanca, tipo caucásico, que no es precisamente el fenotipo predominante en esa zona. Queríamos ser políticamente correctos e intentamos hacer pasar una foto de una muchacha de otra región de África. Primera sorpresa: la

mayor parte de nosotros no sabe diferenciar entre distintos tipos de gente de color y los que hay en las Américas no son originarios, sino una mezcla de distintos grupos. En África la cosa es distinta y la primer reacción fue: ¿por qué una enfermera que parece etíope y no que parezca de África occidental? Segunda sorpresa: los ecuatoguineanos, me explicaba una de las autoridades locales, somos gente muy callada por naturaleza. Ninguno de estos carteles es necesario. Bueno, igual se necesita algo para recordar que conviene mantener un volumen bajo, sugerí... Para eso conviene poner guardianes en cada piso, me retrucó. Si la gente habla, alcanza una mirada del guardia de uniforme para que calle.

Recién entonces me di cuenta de que lo que siempre interpreté como que hay que hablar a bajo volumen es para otros realmente silencio; como lo dice la palabra, ausencia de todo sonido. No es gente a la que le gusta hablar con disonancias al estilo «los sonidos del silencio». Silencio es silencio y sonido es sonido.

A partir de allí, me puse a pensar mucho en los temas de los carteles, aquellos que se rigen por normas y otros que no. ¿Qué es un letrero? Es un mensaje, una palabra, o conjunto de palabras, para notificar o publicar algo. Los hay de diversos tipos desde el punto de vista técnico: luminosos, posters, afiches, simples graffiti pintados directamente en la pared, papeles adheridos con cinta adhesiva o con tachuelas, pintados en materiales sintéticos, etc. También son diversos en su contenido: publicitarios, enunciativos, advertencia, políticos, instructivos. La variedad también es grande en su morfología: pueden ser puramente textuales, puramente gráficos o una combinación entre lo textual y lo gráfico. En lo gráfico, puede ir desde unas pocas líneas trazadas a complejísimos murales. Pero la idea es que en un espacio limitado tienen que transmitir un mensaje, y el mensaje debe ser entendido por alguien en un tiempo mínimo de exposición. En la medida de lo posible, el mensaje debe ser claro y conciso, sin lugar para ambigüedades.

Comencemos con analizar carteles que responden a normas. Quienes más, quienes menos, todos conocemos los manuales de ortografía de la Academia y en caso de dudas gramaticales sabemos más o menos de algunas fuentes para despejar las dudas: Moliner, Seco, hay quienes pondrán en un pedestal toda obra firmada por Alicia Zorrilla, etc. ¿Quién, en cambio, conoce la convención de Viena de 1968, ratificada en 1972?

Es curioso que a la mayoría no nos diga nada, porque la convención de Viena de 1968 rige la gramática, la semántica y la morfología de la señalización vial que rige nuestras vidas a diario. Más que la Real Academia. Y no solamente de aquellos que conducen, sino también de los peatones. Incluso de los invidentes, porque hay anexos para la señalización sonora, pero eso es algo de lo que no entiendo mucho y escapa al alcance de lo que quiero exponer.

Muchas veces, en nuestro idioma materno o en un idioma adquirido nos topamos con una palabra que no conocemos, pero que por el contexto y un poco de lógica podemos deducir qué significa. Lo mismo ocurre con el lenguaje de la señalética vial. Hay lo que podríamos llamar «acentos locales» o «localismos», pero si conocemos el mecanismo y dominamos ciertas reglas básicas, podemos deducirlos.

Hace unos meses, el Ministerio de Transporte israelí anunció un programa por el que se modificarían algunos carteles. La idea es que, para ahorrar espacio, se eliminarían algunas palabras y se reemplazarían por un infograma. Por ejemplo: en lugar de mejlaf (en hebreo), mafkrak (árabe) e interchange (en inglés), las tres palabras que significan acceso o empalme, serían reemplazadas por el infograma, ya que una resolución de la Corte Suprema requiere que si aparece una palabra en uno de los idiomas, entonces debe estar obligatoriamente en los otros dos. No es del todo seguro, desde el punto de vista ergonómico, que sea más fácil de identificar y entiendo que en mayo de 2010 no había empezado la ejecución del plan.

De paso, una curiosidad. La convención de Viena permite el uso de la palabra STOP en el hexágono rojo, independientemente del vernáculo. En varios países de habla hispana pude ver que efectivamente usan el STOP y no necesariamente el PARE o ALTO. O una combinación. En Israel, por el problema del espacio tras el fallo de la corte, se optó por un reemplazo gráfico de la palma de la mano derecha. Hasta donde pude averiguar, no se usa en otros países. Y no es casual que se trate de una mano derecha, ya que en algunos contextos culturales, el uso de la izquierda podría resultar ofensivo.

Mencionaba antes que cuando conocemos las reglas, podemos deducir el significado de algunos carteles. Por ejemplo, quienes recorren las rutas argentinas verán el cartel con la silueta de la vaca para indicar animales sueltos. Sin haber estado jamás en Australia, puedo entender fácilmente el cartel, aunque aparezcan las siluetas de canguros o de koalas, o de alces en Canadá. En el desierto del Neguev, hay carteles que muestran la silueta de un camello. Y hablamos, claro, de algo genérico, de tomar las precauciones pertinentes por la presencia de animales sueltos en las inmediaciones. No podemos argumentar ante los jueces que se trata de un wallabee y no de un canguro, o de un dromedario, o convencer a un policía que me llevó la vaca por delante porque por el cartel esperaba una holando y la que cruzó la ruta era una aberdeen angus. Las palabras, sobre todo para gente como nosotros, traductores, intérpretes, localizadores, subtítuladores y afines, deben ser muy precisas. Un dibujo puede ser leído como algo mucho más general y aunque diga «vaca», en singular (por figurar una sola), debo leerlo en una lectura no lineal, como «animales», en plural.

Por eso me sorprende el uso extenso de textos en la señalización vial estadounidense que usan muchos menos pictogramas y abundan en tex-

tos, algunos bastante crípticos. Aunque prometí no citar fuentes teóricas, es casi imposible no hacer referencia a lo que dice Roland Barthes en *La Semiología, Comunicaciones*, un libro cuya versión española es de 1970 y donde el teórico francés dice que designar nuestra época como civilización de la imagen es impropio, puesto que en última instancia el que tiene la última palabra es el mensaje lingüístico. Pareciera que algunos de los que han elaborado las señales viales estadounidenses han leído a Barthes.

Podría seguir explayándome sobre señales viales, pero hay otros puntos que quisiera plantear en esta breve reseña. Vuelvo al tema del hospital para mencionar un par de detalles sobre carteles no normalizados. Un clásico de la localización: un cartel que indique que Informaciones se encuentra en la planta baja y la Administración en el primer piso debería remitir, en el caso de Estados Unidos, Canadá y otros, al primer y segundo piso.

Otro clásico de la localización tiene que ver con los colores. En mi primera visita a Guinea Ecuatorial, me llamó la atención el uso extenso del amarillo como fondo y la cantidad de palabras en muchos letreros. Un detalle que tiene que ver con cierta cultura. No soy antropólogo social y no logré entender el porqué de tanta verbosidad, salvo que a los diseñadores de los letreros les paguen por palabra, como a los traductores. Por ejemplo, una tienda que en el frente exhibe una lista detalladísima de los artículos que vende, algo que aquí probablemente alcanzaría con poner ALMACÉN DE RAMOS GENERALES.

Comercial en Guinea Ecuatorial, en lugar de almacén de ramos generales. El almacén, tipo Don Manolo, se llama en Guinea abacería y en México, abarrotes, lo que lleva a otra perogrullada, que no por ser de Pero Grullo deja de ser verdad: para que un cartel sea efectivo en la transmisión de un mensaje, debe estar escrito con la terminología adecuada. Estación de servicio en Argentina, gasolinera en otros países, poste en Guinea Ecuatorial. O quizás un simple pictograma de un surtidor facilitan el trabajo.

Una vez más, toco a vuelo de pájaro un tema sobre el que podríamos explayarnos muchísimo más, pero el tiempo es tirano. Solamente recordar que cuando pensamos en carteles o letreros la primera asociación es algo fijo, estático en el lugar en que se instala. Y sin embargo, hay carteles que se desplazan de un lado. En esos casos, el tema de la terminología puede llegar a ser crítico. Un localismo en otro ámbito puede crear el efecto inverso.

En un mercadillo de Campeche, México, fotografié un letrero en el que ofrecen «pollas al vaso», un trago hecho con leche, huevos y jerez. La imagen resulta cómica para mis amistades en España, donde la palabra «polla» tiene una denotación malsonante. En Caracas, hace unos años era habitual ver a turistas españoles fotografiándose junto al cartel publicitario de la lotería que, con letras gigantescas, mostraba a gente pensando: «Ojalá me toque la Polla del Presidente», que es el sorteo más grande, algo así como el

gordo de navidad. Una compañera en Madrid me mostró una foto de su padre en Santiago de Chile, comienzos de los setenta, junto a un cartel de la lotería chilena, aunque en letras mucho más chicas: «Sácate la gran polla y da la vuelta al mundo». Nada original, turistas de todo el mundo se sacan fotos junto al letrero en la entrada a la localidad francesa de Condon, en Roma y en Venecia reconocen a los argentinos en la chiesa de Santa Maria dell'Orto porque se sacan fotos con el cartel y he visto a turistas en España fotografiándose junto un letrero que anuncia curvas peligrosas, por lo que deduzco que eran de Europa oriental, donde en varios idiomas las «curvas» de la calle no tienen nada que ver con el trazado de la carretera.

En Xochimilco, al sur del DF, pasé junto a una ferretería del grupo Alpha donde afirmaban tener pernos de todos los tamaños y para todos los usos, pero usando la palabra común en México y otros lugares en América Latina para ese tipo de tornillos, «pijas». Y eso por preferir lo picante. Otros carteles en una ferretería industrial de gran tamaño anunciaban un stock de armellas y de alcajatas, palabras que desconocen la mayor parte de los rioplatenses, que me lleva siempre a decir que estamos separados por un mismo idioma.

Los temas de lo malsonante suelen ser divertidos y también en esto podría explayarme durante horas. Podríamos también mencionar aquellos que tienen faltas de ortografía o una traducción atroz. De esos circulan muchos por Internet. Pero hay algunos que son conceptualmente equivocados, como uno visto y fotografiado en la República Dominicana, donde en letras de gran tamaño se anuncia: «Pintamos casas a domicilio».

Cuando nos dan para traducir un letrero conceptualmente equivocado, surge el dilema de atenernos a la total transparencia que debemos tener como profesionales o si intervenir y recomendar al cliente un cambio que mejore el mensaje y, sobre todo, no lo haga parecer ridículo.

Repasemos las características del mensaje en un cartel no normalizado: espacio limitado, necesidad de captar la atención, necesidad de ser claro y conciso por la limitación de tiempo a la que la gente se ve expuesta. En pocos segundos, el lector tiene que ser capaz de decodificar el mensaje y, si fuera una advertencia, de actuar en forma acorde. Por lo breve de la exposición, a veces los carteles se prestan a mensajes subliminales con los que hay que tener cuidado, sobre todo si son publicitarios o políticos.

Después de esta nada breve introducción, en el tiempo limitado que nos queda, les recuerdo que con Windows hay fuentes de wingdings y otros pictogramas, además de fuentes que pueden descargarse. Conviene que con tiempo las estudien y a veces se pueden incorporar en manuales técnicos, por ejemplo. No olvidemos que los alfabetos fonéticos que utilizamos hoy en día (A, B, C; Alfa, beta, gama) se derivan originalmente de ideogramas y pictogramas que fueron evolucionando. No podemos entrar,

lamentablemente, en la discusión filosófica de si lo que representamos con letras o dibujos es el objeto o no. Les recuerdo esto con el cuadro clásico de Magritte, que sostenía que esto no es una pipa, sino una representación. No se puede disfrutar como se disfrutaría de una pipa con un tabaco exquisito, y mirar el cuadro tampoco causa carcinomas en labios, lengua o garganta. La representación simbólica simplificada la vemos muy clara en los números. Por razones científicas que permitieron el desarrollo de las matemáticas como las conocemos hoy, las lenguas romances desplazaron en casi todos sus usos a los números romanos y los reemplazaron por los números arábigos, que tienen la ventaja de contar con la cifra cero, concepto abstracto y sumamente importante. Pero para cuestiones científicas la reducción, la simplificación va más allá de usar las cifras. Con las mismas cifras, letras y símbolos, la escritura se simplifica. Y así, 9 manzanas irán con la cifra 9, 9000 puede ser el 9 en las unidades de miles y tres ceros o 9k, 9 millones como 9M y un número que ni idea cómo se lee se puede simplificar como 9 por 10 a la 32ª potencia. Ahora lo digo como axioma sin explicarlo demasiado por falta de tiempo, pero lo mismo rige para los pictogramas, por ejemplo, que representan a cada estación del metro de México DF. Con un alto porcentaje de población semialfabeta o semianalfabeto, depende cómo se mire, el de los pictogramas resultó ser un método excelente para señalar y distinguir entre las estaciones.

Pero tengan en cuenta que los pictogramas evolucionan y varían y con ellos los lenguajes que se basan en estos pictogramas o en símbolos. Una breve referencia a lenguajes de este tipo. Por ejemplo, las *cantilaciones*, unos adornos que se agregan a las letras hebreas en los textos litúrgicos, tuvieron su equivalente en los *neumes* para el canto gregoriano. Son unas marcas sobre el texto que indican la forma en que hay que entonar. Estos *neumes* fueron evolucionando hasta ser las notas musicales que conocemos. Casi todos los que estudian la música occidental dodecafónica utilizan esta notación, en pentagramas, con diversas claves. Es más fácil reducir a unos símbolos de unas semifusas que varían la nota de acuerdo con su posición en el pentagrama que la descripción completa «do durante un momento breve seguido de un silencio, tres veces seguidas la nota la y otro silencio», etcétera.

Nuevamente: esto es sumamente esquemático y resume una evolución de varios siglos. Lo mismo con la notación de las matemáticas, las convenciones que se usan en cartografía, meteorología, un larguísimo etc., donde podemos ver la evolución de métodos descriptivos y engorrosos a notaciones que van no renunciando a la palabra, pero sí en cierta forma reduciendo la dependencia de la palabra escrita para reemplazarla por un símbolo. Un caso curioso que puedo contar es el de la notación ajedrecística. Los primeros libros de ajedrez incluían reproducciones de partidas en largas descripciones. El ejemplo más antiguo que conocemos en español es parte del *Libro de los Juegos* de Alfonso X, el Sabio. Con el tiempo, en

todos los idiomas, el método descriptivo fue reduciéndose a una notación muy abreviada y así de «el peón blanco de la columna del rey pasa al cuarto casillero y el caballo del flanco de la dama de las negras pasa a la tercera columna del alfil» se convirtió, siempre en español, en P4R, C3AD. Hacia fines del siglo XIX comenzó a popularizarse el método algebraico. Las columnas recibieron letras, de la A a la H de izquierda a derecha, las filas números del 1 al 8, contando desde el lado de las blancas. Se renunció a la inicial del peón. En muchos países se adoptó este sistema, con la ventaja que muchos que no usan el alfabeto latino o los números arábigos lo adoptaron tal cual. Con esto quedaba por aprender apenas cinco letras para poder reproducir partidas de, por ejemplo, revistas soviéticas. Así, en español, los dos movimientos mencionados pasaban a ser e2-e4, Cb8-c6. Hay además otras notaciones, pero en 1966 hubo algo que me parece un toque de genialidad: la federación internacional de ajedrez comenzó a editar una revista, *Informator*, con las partidas completas de los principales torneos. Para abaratar costos, dos yugoslavos diseñaron una fuente tipográfica con las imágenes de las piezas con lo cual ni siquiera era necesario escribirlas en ningún idioma. El tablero, con alfabeto latino de a1 hasta h8. Para los comentarios, adoptaron algunas convenciones existentes (!, !!, ?, ??, etc.) y agregaron otras, con una leyenda traducida a ocho-diez idiomas en la primera página de cada volumen. Esto significaba un ahorro considerable en el tiempo que lleva preparar cada número y un gran alivio logístico al no tener que pensar en la edición checa o la portuguesa. Sencillamente es el mismo ejemplar que se puede leer igual en Ulan Bator que en Lima. Excelentes noticias para los ajedrecistas de todo el mundo; quizá no tan buenas para los traductores.

Sin embargo, para mi sorpresa y de muchos otros, este método fue adoptado por muy pocas editoriales especializadas y por casi ningún periódico de los que tienen una columna de ajedrez. Nunca tuve claras las razones de ese fracaso y quizá 45 años no sean tiempo suficiente para modificar algo muy arraigado.

En resumidas cuentas, quisiera sintetizar lo expuesto diciendo que como profesionales no debemos mirar la traducción de carteles como un género menor, ya que presentan desafíos e invitan a reflexiones como algunos «géneros mayores». Parafraseando a Stanislawsky, el teórico del teatro moderno, que decía que no hay papeles chicos, solamente actores chicos, diré que no hay traducciones menores, solamente hay traductores menores.